

Fragmento de la carta de relación de Pedro de Valdivia “Al emperador Carlos V”, La Serena, 4 de septiembre de 1545

Sepa V. M. que cuando el Marqués don Francisco Pizarro me dio esta empresa, no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que trajo el adelantado don Diego de Almagro, que como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían della; y aún muchas personas que me querían bien y eran tenidos por cuerdos, no me tovieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú, y donde el Adelantado no había perseverado, habiendo gastado él y los que en su compañía vinieron más de quinientos mill pesos de oro; y el fructo que hizo fue poner doblado ánimo a estos indios; y como vi el servicio que a V. M. se hacía en acreditarla, poblándola y sustentándola, para descubrir por ella hasta el Estrecho de Magallanes y Mar del Norte, procuré de me dar buena maña, y busqué prestado entre mercaderes y con lo que yo tenía y con amigos que me favorecieron, hice hasta ciento y cincuenta hombres de pie y caballo, con que vine a esta tierra; pasando en el camino todo grandes trabajos de hambres, guerras con indios, y otras malas venturas que en estas partes ha habido hasta el día de hoy en abundancia.

Por el mes de abril del año de mil quinientos treinta y nueve me dio el Marqués la provisión, y llegué a este valle de Mapocho por el fin del año de 1540. Luego procuré de venir a hablar a los caciques de la tierra, y con la diligencia que puse en corrérselas, creyendo éramos cantidad de cristianos, vinieron los más de paz y nos sirvieron cinco o seis meses bien, y esto hicieron por no perder sus comidas, que las tenían en el campo, y en este tiempo nos hicieron nuestras casas de madera y paja con la traza que les di, en un sitio donde fundé esta cibdad de Sanctiago del Nuevo Extremo, en nombre de V. M., en este dicho valle, como llegué a los 24 de febrero de 1541.

Fundada, y comenzando a poner alguna orden en la tierra, con recelo que los indios habían de hacer lo que han siempre acostumbrado en recogiendo sus comidas, que es alzarse, y conociéndoseles bien en el aviso que tenían de nos contar a todos; y como nos vieron asentar, pareciéndoles pocos, habiendo visto los muchos con que el Adelantado se volvió, creyendo que de temor dellos, esperaron estos días a ver si hacíamos lo mesmo, y viendo que no, determinaron hacérselo hacer por fuerza o matarnos; y para podernos defender y ofenderlos, en lo que proveí primeramente fue en tener mucho aviso en la vela, y en encerrar toda la comida posible, porque, ya que hiciesen ruindad, ésta no nos faltase; y así hice recoger tanta, que nos bastara para dos años y más, porque había en cantidad.

Segunda carta-relación de Hernán Cortés al Emperador Carlos V. Segura de la Frontera 30 de octubre de 1520

Enviada a su sacra majestad del emperador nuestro señor, por el capitán general de la Nueva España, llamado don Fernando Cortés, en la cual hace relación de las tierras y provincias sin cuento que ha descubierto nuevamente en el Yucatán del año de diez y nueve a esta parte, y ha sometido a la corona real de Su Majestad. En especial hace relación de una grandísima provincia muy rica, llamada Culúa, en la cual hay muy grandes ciudades y de maravillosos edificios y de grandes tratos ¹ y riquezas, entre las cuales hay una más maravillosa y rica que todas, llamada Tenustitlan, que está, por maravilloso arte, edificada sobre una grande laguna; de la cual ciudad y provincia es rey un grandísimo señor llamado Mutezuma; donde le acaecieron al capitán y a los españoles espantosas cosas de oír. Cuenta largamente del grandísimo señorío del dicho Mutezuma, y de sus ritos y ceremonias y de cómo se sirven. [...]

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra. Luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa en hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. [...]

La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestir y servicio⁶ que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Mutezuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ellas más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las

cosas de esta gran ciudad, aunque no acabaría tan aína, no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas. [...]

Gerónimo de Vivar: Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile (1558)

Capítulo XXVI

Que trata del valle de Combabalá hasta el de Aconcagua y de los indios y cosas que hay en él

Del valle de Combambalá al de Chuapa hay quince leguas, y desde éste de Chuapa al valle de la Liga hay otras quince. En estos valles llueve más recio y más tiempo en el invierno que en los valles que arriba dijimos. En estos valles corren ríos que traen mucha agua. Aquí demuestra la tierra otro temple más apacible y más sano. En muchas partes de esta tierra hay arroyos que corre muy buena agua por ellos. Hay ansí mesmo mucha hierba por los campos. En este tiempo estaban estos valles no bien poblados de indios. Hay en estos valles y fuera de ellos muchos espinillos y arrayán y sauces, como en los valles ya dichos. Hay más otro género de árboles demás de los que habemos dicho, que son al modo de los granados de España, carecen de fruta, la madera es colorada de dentro de la cáscara. Es al modo del brasil esta madera.

De este valle de la Liga al de Aconcagua hay doce leguas. Este valle de Aconcagua es mejor y más abundoso que todos los pasados. Tiene tres leguas de ancho por las más partes y por otras partes poco menos. Tiene de la sierra a la mar veinte leguas. Tiene ovejas y mucho maíz y algarrobales. Corre por este valle un río caudaloso. Tienen sacado los naturales veinte y dos acequias grandes para regar todas las tierras que cultivan y siembran. Tiene pocos indios que no pasan de mil y quinientos. Solía haber mucha gente. Residió en este valle siete meses el adelantado don Diego de Almagro con cuatrocientos hombres y seiscientos caballos y gran copia de gastadores. Y fue en el tiempo del invierno cuando allí estuvieron, y aquel año fue furioso y tempestuoso. Y de aquí se volvieron don Diego de Almagro con toda su gente que no quiso conquistar ni poblar en este reino.

Decíanle los indios a don Diego de Almagro, que eran unos indios que habían traído del Pirú, que hacía en este valle "ancha chire", que quiere decir gran frío, quedóle al valle el nombre de Chire. Corrompido el vocablo le llaman Chile, y de este apellido tomó la gobernación y reino el nombre que hoy tiene que se dice Chile. Los señores de este valle son dos. Sus nombres son éstos: el uno Tanjalongo, éste manda de la mitad del valle a la mar; el otro cacique se dice Michimalongo, éste manda y señorea la mitad del valle hasta la sierra. Este ha sido el más tenido señor que en todos los valles se ha hallado.

Hay papagayos. Es valle templado. Hay de este valle de Aconcagua al valle de Mapocho doce leguas de fértil tierra. La gente de este valle es dispuesta y buen cuerpo y buen parecer. Andan vestidos de lana y los pobres andan vestidos de unas mantas hechas de cáscaras de una hierba que tengo dicho, la cual hilan y tejen. El hábito de ellos es como el que habemos dicho. Ellas traen una manta que les cubre desde la cintura hasta abajo de la rodilla, traen los pechos de fuera. Son causa que se estraguen los hombres en la condición. Traen otra tela que tendrá una vara que les cubre los hombros y las espaldas. Traen el cabello tendido. Tiénelo en mucho. Tiénelo por honra tener bueno y largo el cabello y tienen por muy gran afrenta tresquilarle los cabellos. La lengua de estos valles no difiere una de otra, y lo mismo en ritos y ceremonias todos son unos.

Bernal Díaz del Castillo

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

Tomo I

Capítulo LXXXV

Cómo el gran Montezuma envió un presente de oro, y lo que envió a decir, y cómo acordamos ir camino de México, y lo que más acaeció

Como el gran Montezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilobos e papas e capitanes, y todos le aconsejaron que nos dejase entrar en su ciudad, e que allí nos matarían a su salvo. Y después que oyó las palabras que le enviamos a decir acerca de nuestra amistad, e también otras razones bravosas, como somos hombres que no se nos encubre traición que contra nosotros se trate, que no lo sepamos, y que en lo de la guerra, que eso se nos da que sea en el campo o en poblado, que de noche o de día, o de otra cualquier manera; e como habla entendido las guerras de Tlascalala, e había sabido lo de Potonchan e Tabasco e Cingapacinga, e ahora lo de Cholula, estaba asombrado y aun temeroso; y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis principales con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdría, a lo que juzgaban, sobre dos mil pesos, y también envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primeras labores; e cuando aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato, como entre ellos se usa, dijeron: "Malinche, nuestro señor el gran Montezuma te envía este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene e a todos vuestros hermanos, e que le pesa del enojo que les dieron los de Cholula, e quisiera que los castigara más en sus personas, que son malos y mentirosos, e que las maldades que ellos querían hacer, le echaban a él la culpa e a sus embajadores; e que tuviésemos que por muy cierto que era nuestro amigo, e que vayamos a su ciudad cuando quisiéremos, que puesto que él nos quiere hacer mucho honra, como a personas tan esforzadas y mensajeros de tan alto rey como decís que es, e porque no tiene que nos dar de comer, que a la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podía hacer tan cumplidamente; mas que él procurará de hacernos toda la más honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habíamos de pasar, que él ha mandado que nos den lo que hubiéremos menester"; e dijo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, e abrazó a los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos; e todos nuestros capitanes e soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, e mandarnos a que vayamos a su ciudad, porque de día en día lo estábamos deseando todos los más soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos, e habíamos venido dos veces a descubrir primero que Cortés.

Pedro Cieza de Leon: Descubrimiento y Conquista del Perú (Tercera Parte de la Crónica del Peru, 1556)

Capítulo L

Cómo Almagro con su gente entró en Caxamalca, donde fue bien recibido de los que en ella estaban; y lo que le sucedió a Hernando Pizarro en la ida a Pachacama

Habían quedado en Tangara los oficiales del rey, que son los que entienden en cobrar sus quintos y guardar todo lo a su real persona perteneciente, los cuales, como supieron de Atabalipa y de cómo había prometido tan gran tesoro por su rescate; dejando los llanos, se subieron a la sierra a juntarse con el gobernador, que no debieran; porque es público entre los de acá, que todo el tiempo que estuvieron solos Pizarro con los ciento y sesenta, hubo gran conformidad y amor entre todos, y como llegaron los oficiales y la gente de Almagro, hubieron sus puntos unos con otros y sus envidias, que nunca entre ellos cesó. Almagro deseaba también verse ya con su compañero, y así por sus jornadas caminó camino de Caxamalca, siendo proveído por los pueblos do pasaba mucho bien, porque con la prisión del señor todo estaba seguro, sin acometer a un solo cristiano que anduviera, y, con gran cuidado que de ellos tenía mandaba Almagro que no se hiciese daño ninguno: y así anduvieron hasta cerca de Caxamalca. Pizarro, con los españoles que estaban con él salieron a recibirlo; mostrando grande contento en verse los unos a los otros. Supo Atabalipa cómo Almagro, el capitán que venía, era igual a Pizarro en el mando, y más cosas; deseaba verle, para ganarle la gracia. Entrados en Caxamalca, se aposentaron, proveyendo los indios lo necesario. La hermosa provincia de Caxamalca no tenía lo que tuvo cuando los españoles la descubrieron; ni tampoco sirve tratar sobre estos estragos que nosotros hacemos en estas tierras andando en conquista o guerra; ver en algunas partes donde andamos, los campos poblados de tantas sementeras, casas, frutales, que no se podía ver con los ojos otra cosa, y en verdad que en menos tiempo de un mes parecía que toda la pestilencia del mundo había dado en ello; ¡cuánto más sería donde estuvieron más de siete meses! Quieren decir algunos que aunque Almagro y Pizarro se hablaron bien, que tenían el uno del otro sospecha y algún rencor secreto de enemistad, manada de ambición: que causó verse ya en tan gran tierra y con esperanza de poseer tantos tesoros. Por ventura sería lo contrario de esto, porque las intenciones Dios sólo las sabe, y a él es dado escudriñar el pensamiento de los hombres. Había nombrado por alcalde mayor el gobernador a un hidalgo de los conquistadores, llamado Juan de Porras, que procuraba los debates de los españoles, castigando ásperamente a los que pecaban en jurar y andaban metidos en juegos; y al capitán Hernando de Soto proveyó pasados algunos días, por teniente suyo. Almagro visitó Atabalipa, hablándole muy bien, ofreciéndosele por buen amigo, de que el preso recibió conhorta. Y cuentan grandes cosas los españoles de este Atabalipa; porque sabía ya jugar al ajedrez, y entendía algo de nuestra lengua; preguntaba preguntas admirables; decía dichos agudos y algunos donosos. Deseaba, con todo esto ver recogido el tesoro, porque, cuando llegó Almagro se comenzaba a traer, y había en Caxamalca diez o doce cargas de oro. No se tardaron muchos días cuando llegó el oro y plata del Cuzco, que traían los tres cristianos, los cuales contaban cosas grandes de aquella ciudad; loaban sus edificios la mucha riqueza que en ella había. señor e invocó el auxilio divino".

Pedro Mariño de Lobera (1529-1594): Crónica del Reino de Chile

Capítulo XI

De la fundación de la ciudad de Santiago, intitulada con este nombre por haber el glorioso apóstol aparecido en la batalla

Después de haberse dado fin a la batalla con tan felicelo primero que hicieron los cristianos fué dar gracias a Dios Nuestro Señor por merced tantan declarada por su mano, y luegoque no fueron pocos, ya lahombre que quitándose éste unaen que dormía arropó con ella su caballo, tanta es la generosidad del ánimo español. Y por ser el hecho tan digno de hombre noble me pareció poner aquí su nombre del que lo hizo, que fué Antonio Carrillo, natural dede la frontera de Andalucía. Habiendo todos respirado un rato del cansancio de la refriega mandó el general traer ante sí algunos de los indios que en ella habían sido presos, y los examinó haciendo escrutinio de las causas porque habían tan repentinamente desamparado el campo. A lo que respondieron que estando en su mayor coraje y certidumbre de su victoria, vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando índico, y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos; dejando caer las armas de las manos no fueron señores de sí, ni tuvieron sentido para otra cosa más de dar a huir desatinados sin ver por dónde, por haber visto cosa llamada en su lengua *pesimando*, que quiere decir nunca vista. Y preguntándoles el general cuál de aquellos españoles que allí están era el que habían visto en el aire, clavaron ellos los ojos en todos los presentes mirándoles con grande atención a todos, y en particular a los más lucidos y señalados, como eran Alonso de Monroy, Francisco de Aguirre, Rodrigo de Quiroga, Francisco de Villagrán, Jerónimo de Alderete, el capitán don Diego Oro, el maestre de campo Pedro Gómez de don Benito, el capitán Juan Jofré, Pedro de Villagrán, Juan de Cuevas, Rodrigo de Araya, Santiago de Azocar, Marcos Veas, Francisco Galdámez, Luis de Toledo, Francisco de Riveros, Diego García de Cáceres, Juan Fernández Alderete, Juan Godínez, Gonzalo de los Ríos, capitán Juan Boon, Pedro de Miranda, Gil González de Avila, y otros muchos caballeros y soldados que allí se hallaron, y habían sido en la batalla, y habiéndolos mirado muy despacio en particular a cada uno se sonrieron los bárbaros como haciendo burla de todos ellos respecto de aquel que habían visto, y así lo dijeron por palabras expresas certificando que era hombre muy superior a todos ellos y que había hecho más que todos ellos juntos. Oyendo tales palabras y viendo tales ademanes, reconocieron los cristianos ser el glorioso Santiago el que había de socorro, y para certificarse más en ellobárbaros de los de la batalla tomandoa cada uno de por sí, lo cual hizo el general con gran recato y diligencia, y halló ser todos contestes en lo que se ha dicho, sin haber indio que discrepase, por lo cual tuvieron por cierta resolución haber sido el glorioso apóstol. Coligiáse también por los efectos, pues habiendo sido los bárbaros más de veinte mil, y tan esforzados y briosos, y los cristianos tan pocos que para cada uno había más de doscientos contrarios, con todo eso no murió ningún cristiano, estando el campo tinto en sangre de los enemigos. Y con esta resolución tornaron de nuevo a dar gracias a Dios, y su santo apóstol que con tan benigno pnos había amparado al punto de la necesidad más urgente, y, así lo llamaron todos por muy particular abogado suyo y Patrón del pueblo, conformándose los votos sin excepción en que el pueblo, cuyaintentaba tuviese el apellido de este glorioso apóstol; con cuyapusieron luego mano en la obra a los doce días del mes de febrero de mil y quinientos y cuarenta y uno.

Francisco López de Gómara Historia General de las Indias (1552)

CXXX - Nuevas capitulaciones entre Pizarro y Almagro

Francisco Pizarro pobló tras esto la ciudad de Los Reyes, a la ribera de Lima, río fresco y apacible, cuatro leguas de Pachacama, y cerca de la mar. Pasó a ella los vecinos de Jauja, que no era tan buena vivienda. Envió al Cuzco a Diego de Almagro con muchos españoles a regir la ciudad. Y él fuése a Trujillo a repartir la tierra e indios entre los pobladores. Tuvo nuevas y cartas Almagro, estando en el Cuzco, de cómo el emperador le había hecho mariscal del Perú y gobernador de cien leguas de tierra más adelante que Pizarro gobernaba; y quiso serlo luego y antes de tener la provisión. Y como el Cuzco no entraba en la gobernación de Pizarro y había de caer en la suya, comenzó a repartir la tierra y mandar y vedar por sí, dejando los poderes del compañero y amigo; y le faltaron para ello favor y consejo de muchos, entre los cuales eran Hernando de Soto. Envió corriendo Pizarro a Verdugo con poder para Juan Pizarro y revocación de Almagro. Contradijéronle reciamente Juan y Gonzalo Pizarro y los más del regimiento; y así no salió con su intento. Llegó Pizarro en esto por la posta, y apaciguólo todo amigablemente. Juraron de nuevo sobre la hostia consagrada Pizarro y Almagro su vieja compañía y amistad, y concertaron que Almagro fuese a descubrir la costa y tierra de hacia el estrecho de Magallanes, porque decían los indios ser muy rica tierra el Chili, que por aquella parte estaba; y que si buena y rica tierra hallase, que pedirían la gobernación para él, y si no, que partirían la de Pizarro, como la demás hacienda, entre sí; harto buen concierto era, si engañoso no fuera. juraron, empero, entrambos de nunca ser el uno contra el otro, por bien ni mal que les fuese, y aun afirman muchos que dijo Almagro, cuando juraba, que Dios le confundiese cuerpo y alma si lo quebrantaba ni entraba con treinta leguas en el Cuzco, aunque el emperador se lo diese. Otros, que dijo: "Dios le confunda el cuerpo y alma al que lo quebrantare".

Francisco López de Gómara Historia General de las Indias (1552)

CXXXI - La entrada que Diego de Almagro hizo al Chili

Aderezóse Almagro para ir al descubrimiento de Chili, como estaba concertado. Dio y prestó muchos dineros a los que iban con él, porque llevasen buenas armas y caballos, y así juntó quinientos y treinta españoles muy lucidos y que de buena gana querían ir tan lejos por su liberalidad y por la gran fama de oro y plata de aquellas tierras. Muchos también hubo que dejaron su casa y repartimientos por ir con él, pensando mejorarlos. Almagro, pues, dejó allí en el Cuzco a Juan de Rada, criado suyo, haciendo más gente. Envió delante a Juan de Saavedra, de Sevilla, con ciento, y él partióse luego con los otros cuatrocientos y treinta, y con Paulo y Villaoma, gran sacerdote, Filipillo y otros muchos indios honrados y de servicio y carga. Topó Saavedra en los Charcas ciertos chileses, que traían al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba, su tributo en tejuelas de oro fino, que pesaron ciento y cincuenta mil pesos. Fue principio de jornada, si tal fin tuviera. Quiso prender allí al capitán Gabriel de Rojas, que por Pizarro estaba. Mas él se guardó y se volvió al Cuzco por otro camino con su gente. De los Charcas al Chile pasó Almagro mucho trabajo, hambre y frío, ca peleó con grandes hombres de cuerpo, y diestros flecheros. Heláronsele muchos hombres y caballos, pasando unas grandes sierras nevadas, donde también perdió su fardaje. Halló ríos que corren de día y no de noche, a causa que las nieves se derriten con el sol y se hielan con la luna. Visten los de Chile cueros de lobos marinos; son altos y hermosos; usan arcos en la guerra y caza; es la tierra bien poblada y del temple que nuestra Andalucía, sino que allá es de noche cuando acá día, y su verano cuando nuestro invierno. En fin, podemos decir que son antípodas nuestros. Hay muchas ovejas, como en el Cuzco, y muchos avestruces. Españoles los mataban a caballo, poniéndose en paradas; que un caballo no corre tanto como trota un avestruz.